

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 10 Noviembre 1906.

Núm. 45.

Catequística.

(Continuación).

Por lo que á los ministerios del Mesías se refiere, está el Salmista expresivo y claro en abundancia. Habrá de ser el Mesías amante de la justicia y aborrecedor de la iniquidad (1); juzgará con justicia á su pueblo, y en recto juicio á los pobres de Dios; salvará á los hijos de los pobres, y humillará á los calumniadores.

Nacer ha en sus días la justicia y la abundancia de paz.

Dominará de un mar á otro mar, y desde el río á los extremos de la tierra.

Postrarse han ante El los etíopes, y los reyes de Tarso, y de las islas le traerán regalos; y le llevarán dones los reyes de Arabia y de Sabá.

Todas las gentes le servirán; porque librará al pobre de las garras del poderoso; y principalmente al pobre que estaba desamparado.

El perdonará al pobre y al indigente; y las almas de los pobres pondrá en salvo (2).

Es Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec (3); y preparará una comida (la eucarística), para que coman y sean saturados los pobres, y de la que puedan comer y adorar, si así lo desean, todos los ricos de la tierra (4).

Fundar debe un reino que dure por los siglos de los siglos (5),

(1) Salmo 44, 8.

(2) Salmo 71, todo.

(3) Salmo 109, 4.

(4) Salmo 21, vers. 27 y 30.

(5) 44, 7.

que se extienda por todas las naciones de la tierra (1), y que sea un reino de bendición, de paz y de abundantes tesoros del espíritu (2).

Que Jesucristo, y no otro alguno, realizó todos estos ministerios, cosa es por demás conocida. El fué el gran sacerdote que se ofreció á sí mismo en sacrificio sobre el ara de la Cruz, y consumó con una sola oblación lo necesario para santificar eternamente á todos los hombres, como lo dice San Pablo (3).

El instituyó la comida eucarística para alimento de las pobres almas; y El fundó la Iglesia Católica, santa, inmaculada; y cuyo reino es un reino de paz y de bendición, y el medio único en que podrá hallar el mundo la entrada en el reino de la paz y bienandanza eternas.

Si de David pasamos á Isaías veremos que no son menores la claridad y detalladas circunstancias con que nos habla del Mesías este gran Profeta: «El pueblo, dice, que andaba en tinieblas, vió una grande lumbre; y á los que habitaban en la región de sombras de muerte les ha nacido la luz...

Porque ha nacido para nosotros el Niño y el Hijo nos ha sido dado, y sobre su hombro ha sido puesto el principado; y se le pondrá por nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz.

Multiplicarse ha su imperio, y la paz no tendrá fin: se asentará sobre el solio de David y sobre su reino, para confirmarlo y fortalecerlo en juicio y en justicia, desde ahora hasta la eternidad» (4).

En el capítulo XI nos habla el Profeta de la plenitud de dones del Espíritu que vendrá sobre la Flor que brotará de la raíz de Jesé; y de la justicia y paz que habrá en el reino por el Mesías fundado; y añade que será puesto para señal de los pueblos, que acudirán á El en súplica y harán glorioso su sepulcro. Levantará señal en las naciones (la de la Cruz y de la caridad), y congregará los dispersos de Israel, y los prófugos de Judá, desde los cuatro ángulos de la tierra (5).

(1) 71, 8.

(2) Salmos 44, 10, y 71, 3 y 8.

(3) Hebreos, 10, 14.

(4) Isaías, cap. 9, vers. 2 al 7.

(5) Isaías, cap. 11.

Por último, nos habla Isaías, con una asombrosa evidencia, de la pasión del Mesías prometido, en tal manera, que más parece historiador que profeta.

«Nace como raíz en tierra seca; no tiene hermosura ni esplendor: y le vimos, y estaba desfigurado... despreciado, y como el último de los hombres; varón de dolores, y que experimentó enfermedad; y su rostro como escondido y despreciado, por lo cual no lo hemos conocido.

Verdaderamente El cargó con nuestras flaquezas y sufrió nuestros dolores; y nosotros lo hemos tenido por leproso y como herido por Dios y humillado.

Pero, en realidad, ha sido llagado á causa de nuestras iniquidades, y magullado por nuestros crímenes; sobre El está el remedio para nuestro paz, y sanados hemos sido con su sangre.

Todos nosotros errantes andábamos como perdidas ovejas, cada cual por su (extraviado) camino; y Dios puso sobre El (Mesías) las iniquidades de todos nosotros.

Fué sacrificado porque quiso (aceptando voluntariamente la muerte por amor nuestro), y no abrió su boca (en son de queja); como oveja es llevado á la muerte, y no abrió su boca; como el cordero en presencia del que lo trasquila (así El) está silencioso..

Si pusiere por el pecado su vida verá una perpetua descendencia, y en su mano estará la voluntad del Señor...

Dividirá los despojos de los fuertes por haber entregado á la muerte su existencia y haber sido contado entre los malvados; y El borró los pecados de muchos (de todos), y rogó por los pecadores» (1).

Y después nos habla el profeta de la magnificencia y de la gloria de la sociedad fundada por el Mesías, y lo hace en términos sobremanera elocuentes y consoladores.

«Levántate para ser iluminada, Jerusalem, porque viene tu lumbré y ha nacido sobre ti la gloria del Señor.

Pues he ahí que las tinieblas cubrirán la tierra y la oscuridad á los pueblos, mas sobre ti vendrá el Señor, y su gloria será vista en ti. Y andarán las gentes en tu lumbré, y los reyes en el esplendor de tu nacimiento.

Levanta tus ojos en derredor, y mira: todos estos están congregados y han venido para ti; tus hijos vendrán de lejos, y de tu

(1) Isaías, cap. 53, todo.

costado se levantarán tus hijas. Entonces mirarás y abundarás, se admirará y dilatará tu corazón cuando hubiere sido convertida hacia ti la multitud del mar y viniere á ti la fortaleza de las gentes...

Se abrirán constantemente tus puertas; no se cerrarán de día ni de noche para que entre en ti la fortaleza de las gentes, y sean traídos también sus reyes.

Pues las gentes y los reinos que no te sirvieren, perecerán» (1).

Ahora, pues, ¿cómo podrá dudarse que la profecía de Isaías ha tenido pleno cumplimiento en nuestro Señor Jesucristo, y que á Este convienen todos los títulos y propiedades distintivas del Mesías prometido?

¿No es Jesucristo Hijo de Dios, nacido de Madre Virgen?

¿No es el Príncipe de la paz y el Padre del siglo futuro?

¿No fué despreciado, escarnecido y entregado á la muerte como el más abyecto de los hijos de los hombres?

¿No sufrió voluntaria y silenciosamente la muerte, cual manso cordero, que no sabe abrir su boca?

¿No pidió en la Cruz por sus enemigos y cargó sobre sus hombros con los pecados de toda la humanidad?

¿No recomendó el amor entrañable á los pobres?

¿Y no fundó, por último, la Iglesia Católica, su esposa muy amada, que es reina de virtud, de santidad, jardín de flores celestiales é imperio de paz y de dulcedumbre?

Pues ¿qué le falta entonces á Jesucristo para ser el verdadero Mesías prometido en la Ley y en los Profetas?

Sí que lo fué, en efecto, pues nada le falta.

Como esta es verdad harto refulgente, nos abstenemos de citar los textos y de aducir las pruebas en que se apoya; así como nos abstenemos de examinar otras muy abundantes y muy luminosas profecías, por creer que es bastante á nuestro propósito la claridad que brota de las ya aducidas.

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica XXIII después de Pentecostés

Dos milagros de Jesús componen la materia de la presente

(1) Isaías, cap. 60.

Dominica: la hemorraisa curada del flujo de sangre y la hija de Jairo resucitada, y ambas significan el alma pecadora, á la cual Cristo hace levantarse del lodazal del pecado y resucitar á la vida de la gracia.

Es de notar que sólo se cuenta que Cristo resucitara tres muertos: ésta nieta de doce años, al joven, hijo de la viuda de Naím y á Lázaro, después de cuatro días que yacía en el sepulcro. Los doctores de la Iglesia ven simbolizadas en estas tres personas tres clases de almas pecadoras, á saber: en la niña, á los jovencitos que, inexpertos y flacos, caen en el pecado; en el joven de Naím, á los que recaen en el pecado, y en Lázaro, á los consuetudinarios de inveteradas y malas costumbres. Y puesto que aquí se nos refiere la primera resurrección, y el pecado de los niños tiene un carácter peculiar que le hace más sensible y doloroso, hablaremos con los que por deber están obligados á preservar sus almas inocentes del pecado. Ea, pues, padres y madres, vosotros, los que suspendidos del amor de vuestros hijos, dichosos os creéis al recoger sus dulces miradas, su hechicera sonrisa y sus halagos placenteros; vosotros, los que al calor del hogar, reunidos con vuestros hijos, partís el pan, solazáis vuestras penas y ahuyentáis vuestros pesares; vosotros, sí, mil veces felices y dichosos, grabad estas enseñanzas en vuestros corazones.

Dos bienes deben procurar los padres á sus hijos: unos que tocan al cuerpo y otros al alma. Nada diremos de los primeros, que es necesario, para descuidarse en ellos, tener entrañas más que de fiera, pues cumplen éstas por instinto lo que toca al alimento, conservación y defensa de sus hijos. Limitándonos á la educación de los hijos, dicho se está, que deben esmerarse en dársela cual conviene á un cristiano, es decir, no una educación puramente civil y exterior, sino basada en la más sólida instrucción religiosa. Deben alimentarles con sana doctrina, vigilarles, corregirles y darles buen ejemplo. Este es el deber de los deberes. ¡Dichoso el niño que en sus primeros años, y antes de llegar al uso de la razón, se inclina reverente ante las imágenes de Jesús y María y las besa y oprime sobre su corazón inocente! ¡Dichoso el niño que entre besos y abrazos aprende en el regazo materno á invocar á Jesús y á María, apenas sus labios se abren para llamar á su padre y á su madre! En estas cosas pequeñas, pero de un significado trascendental, estriba el gran apostolado de los

padres. No basta procurar que los niños asistan á alguna escuela donde reciban la necesaria instrucción. En los niños hay que educar el corazón á la vez que la inteligencia, y este secreto sólo lo poseen los padres, especialmente las madres. Sus ternuras, abrazos y caricias son las únicas que pueden producir un corazón tierno, cariñoso y amable.

Mas como la instrucción de los niños exige de ordinario que frecuenten alguna escuela, es necesario prevenir á los padres acerca de las entradas y salidas en ella. Vuestros hijos se encuentran y se juntan con otros niños; y os cuidáis poco vosotros de ver quiénes son los amiguitos de vuestros hijos. Lástima da ver hasta dónde ha llegado la corrupción de costumbres, que se encuentran con frecuencia niños en quienes la malicia se ha adelantado á la edad. Pues si vosotros hacéis á vuestros hijos callejeros; si les dejáis que se junten indistintamente con cualquier niño que le invite á jugar; si no presenciáis estos juegos, vigiláis sus acciones y sus palabras, poco á poco se irán dañando. Al principio no serán vuestros hijos los de los juegos, acciones y palabras torpes, porque, niños inocentes, apenas sabrán distinguir el bien del mal; pero lo serán mañana. Como una manzana podrida corrompe muchas sanas, así corromperán á vuestros hijos; pues en su mente quedará siempre grabada la imagen del mal, y cuando lleguen al uso de la razón, cuando los tiernos capullitos abran sus hojas á la luz del sol, en vez de suave olor os mostrarán asquerosa oruga que se introdujo perforando el cáliz hasta corromper con su inmunda baba sus hojas de colores.

También es necesario para instruir convenientemente á vuestros hijos que les hagáis asistir á la doctrina que se enseña en las iglesias. No os quiero culpar á vosotros, padres católicos; pero desanima el observar la poca constancia de los niños en acudir á la doctrina. Se están jugando por plazas y calles; si se les llama, no acuden. Todo lo más, asisten mientras se les da algún regalillo; pero como esto no es posible todos los días, al fin nos abandonan. Amenazadles con decírselo á sus padres y os contestarán con una sonrisa burlona, que está diciendo: «¡Bastante se preocupan ellos si yo voy á la doctrina!» Atended á esta sonrisa de vuestros hijos, que es la mayor afrenta que os puede caer encima:

Finalmente, de lo dicho se deduce la eficacia del buen ejemplo de los padres. ¡Qué peor amigo para un hijo que un padre ó

una madre que le enseñan á obrar mal! Y qué mayor reprensión para un hijo que poder decirle sus padres: ¡De nosotros no has aprendido á hacer esto; en tu casa no has visto esas cosas! Este es el motivo más fundado de gloria para un padre cristiano: educar á sus hijos en el santo temor de Dios, criando miembros sanos para la sociedad, procurando no mueran tan jovencitos como la hija de Jairo, y si mueren, invocando al Señor para que les resucite á la vida de la gracia.

Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Por lo que hace á la conveniencia de la revelación de los misterios dichos, ésta se hace manifiesta considerando que con ella obtiene Dios el obsequio propio de nuestro entendimiento, el cual, ningún sacrificio ejecuta rindiéndose á la evidencia de la verdad, y entonces se somete verdaderamente á Dios, cuando le dice: «Señor, vuestro entendimiento es infinitamente superior al mío: vos veis cosas que á mí me es imposible entender con mis fuerzas naturales: lo que vos veis, y yo no veo, me mandáis creer, diciéndome que existe; yo lo creo y rindo mi juicio». El entendimiento humano con este acto rinde á la Divinidad el culto más sublime y elevado que puede tributarle; porque con él confiesa abiertamente el atributo que más conviene á Dios con respecto á sus criaturas; la incomprendibilidad.

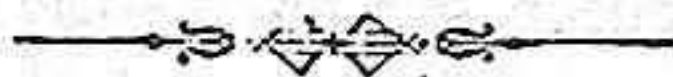
Mas los racionalistas é incrédulos, tan llenos siempre de sí mismos como poco amantes de sujetar su razón al mismo Dios, cual si fueran iguales á El y en nada necesitaran de sus divinas enseñanzas, no quieren creer sino lo que ven: es decir, nada, porque lo que se ve no se cree. Si aplicasen este su principio general á las cosas humanas, ¿qué sería del mundo? Si nadie hubiera de creer sino lo que viera con sus propios ojos, ¿qué sería de la sociedad? Hasta los vínculos más sagrados que nos unen con los demás hombres, cuales son los vínculos de familia, perecerían en este caso. Porque ¿cómo sabemos, si no es por la fe llana y sencilla que traemos desde la niñez, que son nuestros padres y hermanos aquellos que pasan en la sociedad con el nombre de tales? Véase, pues, qué principios tan absurdos se ven precisados

á establecer los que, para atacar los misterios de nuestra fe, niegan la conveniencia de la revelación divina.

Pero aun hay una razón poderosa, que nos manifiesta la gran conveniencia de la revelación en orden á las verdades indicadas. Con la revelación nos descubre el Altísimo así la naturaleza interna de su divino ser, enteramente impenetrable á nuestro flaco entendimiento, como los admirables consejos de su sapientísima providencia, haciendo que de esta suerte prorrumpamos en actos de admiración y alabanza á su Divina Majestad, actos que jamás hubiéramos podido hacer abandonados á nuestra propia ignorancia.

Pero se dirá: «Si Dios quiere hacernos el beneficio de darnos á conocer su interior vida divina, ¿por qué no nos da la visión intuitiva de sí mismo? Así, conociéndole más perfectamente, le alabaríamos con más intensidad». ¿Por qué? La razón es muy obvia y evidente: héla aquí. Mientras estamos en este mundo, nos hallamos en un estado de prueba; vivimos en esta peregrinación para conquistarnos con nuestros propios méritos una corona, la corona de nuestra felicidad; ¿nos la había de dar Dios sin méritos de nuestra parte, cual si fuéramos unos seres destituídos de razón y de libertad? Pues para este estado de merecimiento no conviene la visión de la divina esencia, la cual nos quitaría la libertad necesaria para amar á Dios con aquel dominio de nuestros propios actos que ahora tenemos. Quien ve á Dios cara á cara, como le ven los bienaventurados en el cielo, no puede menos de amarle. A este tal le es imposible servirle con aquella potestad de elegir entre el bien y el mal, que es al hombre conatural en este mundo. La visión beatífica, por consiguiente, no debía dársenos en este lugar de merecimientos y en esta palestra de la virtud; convenía, por el contrario, que nos fuere reservada para la otra vida, en que fuese concedida como digno premio á los que en ésta se han humillado ante Dios, sometiéndose á su revelación, creyendo lo que no ven, por ser Dios verdad infinita, el que lo cuenta, y ajustando la conducta á las mismas verdades reveladas.

(Continuará.)



VOZ DE LAS TUMBAS

Los ecos tristes, lúgubres y plañideros de las campanas, me parecen gritos de socorro ó voces del otro mundo que piden á los vivos oraciones y sufragios para los muertos.

Los dobles repetidos en las cien torres de la ciudad, llenan de congoja al alma, me imposibilitan para el trabajo mental y me obligan á dejar la celda para dar expansión al espíritu agobiado por la melancolía ó la pena.

Sálgo al campo, y sin saber por qué, ni cómo, me dirijo hacia el cementerio por sendas y caminos solitarios.

El sol poniente derrama sus tibios rayos sobre la ciudad del Betis, reflejando lánguidamente en los metales benditos que coronan los altos campanarios y las cúpulas de sus iglesias.

El vientecillo fresco de la tarde primera de Noviembre arremolina ante mis pies las hojas recién caídas de los árboles, silbando en las ramas desnudas y en los tallos erguidos, desprovistos de follaje.

Un rumor confuso de muchedumbre que habla sin entenderse, me dió á conocer que estaba cerca del cementerio.

Entro en la mansión del dolor y la veo profanada con la necia alegría de los que han venido á turbar la paz de los sepulcros.

La vanidad y el orgullo de los vivos ha cubierto de mármoles y flores la humillación de los muertos. En el campo de la verdad hallo la mentira de las ciudades; en lugar de sufragios que aprovechen á los difuntos, coronas que para nada les sirven; en vez de oraciones y lágrimas, risas y devaneos; en lugar de la piedad, la profanación.

¡Atrás, insensatos, atrás! Los que profanáis la mansión de los muertos con locas alegrías, con sentimientos paganos y con pompas gentílicas; ¡atrás, lejos de aquí! Los que no tenéis creencias en el alma, ni ternura en el corazón, ni luz en la mente para ver la grandeza de las tumbas; ¡lejos de aquí!

Y como si esta voz fuera un conjuro que saliera de los sepulcros, la gente se alejó, y el cementerio quedó desierto.

El sol se había hundido en el ocaso; la obscuridad se apoderaba del cielo; el eco de las campanas era más fúnebre; el silbo

del viento en las ramas desnudas, más frío y espeluznante; la soledad del cementerio más intensa y el silencio más profundo.

Me arrodillé ante la cruz que se eleva en el centro de aquellos paseos funerarios, y con la cabeza descubierta me puse á orar. El negro aleteo y los estridentes chirridos de las aves nocturnas me hicieron levantar los ojos.

Los altos y erguidos cipreses proyectaban entre los nichos sus gigantescas sombras que parecían fantasmas amenazadoras en medio de la obscuridad. La luz fosforescente de un fuego fatuo brilló un instante sobre los sepulcros, adquiriendo forma indefinible; y una voz justiciera y potente, que parecía salir de las tumbas, hirió mis oídos con estas amenazas dirigidas á los mortales:

«Impíos, que os mofáis de Dios; tiranos, que perseguís á su Iglesia; déspotas, que escaláis el poder para ser verdugos de los pueblos; sectarios, que desde las alturas del gobierno hacéis encarnizada guerra á inocentes religiosos, víctimas indefensas de vuestros odios anticristianos; gobernantes, que con las riendas del mando hacéis látigos para azotar á los ministros de Dios y á las clases bajas de la sociedad; hombres ensoberbecidos que conculcáis todas las leyes y queréis que sean ley vuestro caprichos, porque os creéis árbitros de los pueblos; ¡oid, necios, oid! ¡No sois más que un puñado de asqueroso polvo, que mañana vendrá á confundirse con el de estos sepulcros!

Patronos, que oprimís á los obreros; verdugos, que explotáis á vuestras víctimas; usureros, que chupáis la sangre del pobre; comerciantes, que os enriquecéis con el fraude; contratistas, que medráis á costa de la nación ó del pueblo; banqueros, que dejáis morir de hambre al indigente; ricos, que sois insensibles al desamparo del huérfano y al llanto de la viuda; ¡oid! Vuestras riquezas se disiparán como un sueño, y vendréis aquí donde la muerte os igualará con el más despreciable mendigo.

Los que tenéis por Dios al placer; los que vivís en continuas bacanales y en lúbricas orgias; los que os encenagáis en deleites de bestias, indignos del hombre; los que adoráis al vientre y en darle gusto cifráis vuestra ventura; los que buscáis vuestros goces en el desenfreno brutal de la lujuria, de la gula ó del sensualismo impuro; ¡oid, insensatos! ¿No es locura grande perder el

cielo por dar placer á esa carne que aquí han de comer los gusanos, reduciéndola á ceniza?

Deslumbradoras hermosuras, que fascináis con vuestros encantos; bellezas de la tierra que con estudiado aliño aparentáis lo que no tenéis; damas engreídas que en soberbias carrozas lucís vistosos trajes; jóvenes orgullosas, pagadas de una hermosura que el viento marchita y deshoja; ¡oid, hijas de Eva! Vuestra hermosura es humo que se disipa; vuestros encantos, sombra que huye; vuestra belleza, polvo y nada. Aquí vendrá á parar y de aquí no pasará el engreimiento y la vanidad de los mortales. Un día vendréis á morar en estos nichos vacíos, guarida de inmundos reptiles que asoman por las junturas de los ladrillos sus cabezas achatadas, y nidos de negros avechuchos que en el silencio de la noche celebran con lúgubres cantos la victoria de la muerte».

Un súbito escalofrío recorrió todo mi ser; cerré los ojos y los oídos, apretándolos con los dedos para no escuchar más aquella voz de las tumbas; y entonces noté que hablaba dentro de mí y con acento acongojado me decía:

«¡Oh pobre mortal! tu eres una caña que piensas, polvo organizado que te mueves, y carne corruptible vivificada por un espíritu inmortal. La muerte separará tu espíritu de tu carne, y ésta perderá la vida, quedará sin movimiento y se convertirá en ceniza. ¡Ay de ti!

Tu vida es juguete del tiempo que la empuja hacia el sepulcro, como hoja arrancada del árbol por el huracán. ¿Qué es tu vida? Sombra que huye, humo que se desvanece, luz que se apaga, nube que se disipa y letargo engañoso del cual se despierta en la tumba.

Abre los ojos y mira á dónde vas y por dónde caminas. Al tierno infante que juega y se balancea en los brazos de su madre, como el capullo se mece entre las rosas al blando soplo del céfiro, la muerte lo arrebató y lo deshoja. Al joven que se levanta brioso á correr los senderos de la vida, abriendo su corazón á la esperanza, como abren sus cálices las flores á la luz del sol naciente, el cierzo frío de la muerte lo reduce en breve tiempo á menudo polvo. Al hombre saludable y robusto que hace alarde de sus fuerzas, como árbol corpulento que desafía las iras de la tempestad, lo hiere de repente el rayo de la muerte, que lo calcina y pulveriza. Al anciano encanecido que lleva alegremente la

carga de sus años, esperando vivir muchos más, lo toca un día el hálito mortífero de la parca y lo conduce al sepulcro. ¡Oh triste vida humana, sombra que huye, humo que se disipa, luz que se apaga y letargo engañoso del cual despierta el hombre en la sepultura! ¡Pobre mortal, caña que piensas, polvo que te mueves, abre los ojos, mira á dónde vas y por dónde caminas; que presto caerás en las manos del Dios justiciero para recibir tu merecido!

Pero ¡no temas, cristiano! La desesperación es para el incrédulo que nada espera después de la tumba: la esperanza es para ti, que crees en los misterios de la vida futura. Pon tus ojos en ese Cristo, á cuyos pies estás, y escucha lo que te dice: «Yo soy camino y verdad, resurrección y vida. Quien cree en mí, vivirá, aunque haya muerto; y si vive y cree en mí, no morirá eternamente».

La voz dejó de oírse: me levanté azorado y emprendí el regreso á mi convento. El clamor de las campanas me parecía por el camino voces de los muertos que avisaban á los vivos.

Muy entrada la noche he llegado á mi celda y no intento dormir, porque en la noche de los difuntos es imposible hacerlo con las impresiones que traigo en el alma; por eso me he puesto á emborronar cuartillas para hacer llegar mañana á oídos de mis lectores la *voz de las tumbas*.

FR. A. DE VALENCINA.

(De *El Adalid Seráfico*).

Liturgia.

(Continuación).

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA. Este Domingo, llamado *Lætare*, por ser esta la primera palabra del Introito de la Misa, es uno de los más célebres del año. La Iglesia suspende en este día las santas tristezas de Cuaresma; los cánticos de la Misa no respiran más que alegría y consuelo; el órgano, mudo en las tres Dominicas precedentes, deja oír su melodiosa voz; el diácono y subdiácono cambian las planetas por la dalmática y tunicela; y, por último, está permitido sustituir los ornamentos de color morado por los de rosa. Ya hemos visto, en el tercer Domingo de Adviento, llamado *Gaudete*, practicados estos mismos ritos. Lo que mueve á la Iglesia en el día de hoy á expresar esta santa alegría en su Liturgia, es su gran interés en felicitar á sus hijos por el celo

con que han recorrido ya la mitad de la santa carrera emprendida, á la vez que estimularles para que, con feliz éxito, lleguen á recorrerla por completo. Realmente es el jueves de la precedente semana en el que, á imitación de la Iglesia griega, debiera celebrarse una solemne fiesta, un día de regocijo, á fin de tomar fuerzas para terminar la Cuaresma con su ayuno; pero la Iglesia Romana, tomando lo bueno de esta práctica, ha querido mejor trasladar esta solemnidad eclesiástica al Domingo siguiente, ó sea al cuarto de Cuaresma, por el temor de que una libertad excesiva viniera á alterar de algún modo el espíritu del ayuno, aconsejando é invitando en el día de hoy á los fieles para que lo pasen alegre y santamente.

En Roma, la Estación tiene lugar en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, una de las siete principales de la Ciudad Eterna. Levantada en el siglo IV por Constantino, en la villa de Sessorio, por lo que se le ha llamado Basílica Sessoriana, fué enriquecida con preciosas reliquias por Santa Elena, que quería hacerla como la Jerusalén de Roma. Con esta gran idea, hizo transportar una gran cantidad de tierra tomada del monte Calvario, y depositó en este santuario, entre otros monumentos de la Pasión del Salvador, la inscripción colocada sobre su cabeza mientras expiraba sobre la Cruz, que aun se venera con el nombre de *Título de la Cruz*. El nombre Jerusalén aplicado á esta Basílica y que despierta todas las esperanzas del cristiano, por recordar la patria celestial que es la Jerusalén verdadera, y de la que aun estamos desterrados, ha arrastrado desde la antigüedad á los soberanos Pontífices á buscarla para la Estación de este día. Hasta la época en que los Papas fijaron su residencia en Aviñón, en esta Basílica fué en donde se inauguró la *Rosa de Oro*, ceremonia que en nuestros días se practica en el palacio que habita el Papa.

La bendición de la *Rosa de Oro* es aún uno de los ritos particulares del cuarto Domingo de Cuaresma, razón por la que también se le conoce con el nombre de *Domingo de la Rosa*. Con extensión merecía ser tratada esta bella ceremonia de la Iglesia, muy oída por todos, aunque poco conocida por las bellezas que encierra; pero para no molestar á nuestros lectores, iremos entre sacando lo más saliente é importante de lo que se ha escrito sobre el particular.

Nótase, en primer lugar, el tino y acierto con que la Iglesia nuestra Madre procede en sus imponentes ceremonias al escoger, para la que hoy celebra, la *Rosa*, por todos considerada como la reina de las flores, símbolo del amor y la alegría y escogida para la representación de ideas elevadas y de grandes sentimientos; no extrañando, por esta razón, que para dar una prueba de estimación que se hace de la rosa y del significado que se la da, se oigan las siguientes frases: *bañarse en agua de rosas*, para significar la satisfacción que se experimenta; *de color de rosa*, demos-

trando que las cosas se ven con carácter halagüeño; *no hay rosa sin espinas*, para significar que nuestra felicidad en esta vida es incompleta; *huele á rosas*, para ensalzar la fragancia y suavidad de algún olor.

Por eso la Iglesia, al bendecir en el día de hoy esta bella flor, que simboliza lo caduco de esta vida y la esperanza cierta de la felicidad eterna, nos dice que así como la rosa presagia la primavera de las flores y de la vida mortal, así también la bendición de la *Rosa de Oro* anuncia á los cristianos que la alegre Pascua se aproxima y que va á empezar con ella una primavera espiritual, de la que no es más que débil imagen la natural, y que la primavera constante de la vida eterna vendrá después de esta triste y fugaz vida en la que apenas nacemos cuando ya, rodeados de sufrimientos, mortificaciones y penas, se nos echa encima la muerte.

Así, pues, al pronunciar los Santos Pontífices las alocuciones alusivas al acto de que venimos hablando, y al dirigir á los agraciados sus cartas anunciándoles el envío de tan preciosa dádiva, enseñan constantemente que la *Rosa de Oro* representa á nuestro Redentor, quien de sí dijo: «Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles»: que el oro de que está formada, no sin fundamento designa al Rey, pues en tal concepto ofreciéronlo los Magos al Salvador, proclamándole con esa figura Rey de los reyes y Señor de los señores; y que el rojo que colora y baña el oro, significa la pasión del Redentor, de quien escribió Isaías: *Quis est iste qui venit de Edom tinctis vestibus de Bosra?* «¿Quién es este que viene de Edom y de Bosra con las vestiduras teñidas?» (1); añadiendo en otro pasaje: *Quare rubrum est indumentum tuum et vestimenta tua sicut calcantium in torculari?* «¿Pues por qué es bermejo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan en un lagar?» (2)

El olor de esta flor nos lleva á la Resurrección gloriosa del Salvador, dando á entender que nada valen contra El las cadenas de la muerte; que muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando preparó nuestra vida para la gloria de la inmortalidad (3).

La *Rosa de Oro*, riquísima joya toda ella de oro, ordinariamente no se halla constituida por una sola rosa, sino por un ramo de ellas, entremezcladas con espinas, también de oro, con una rosa de mayor tamaño en medio, simbolizando lo que dejamos apuntado arriba, así como las espinas nos recuerdan aquella corona que ensangrentó la cabeza del Redentor.

Cuando corrían mejores tiempos para la Iglesia y poseía cuantiosas riquezas donadas por sus amantes hijos, la Rosa, siempre de oro, se esmaltaba ó teñía de color de rosa, costumbre que des-


(1) Isaías, LXIII, v. 1.

(2) Isaías, LXIII, v. 2.

(3) Alexand. III ad Ludovic. VII. Francor, Reg.

pués fué sustituída por la de adornarla de multitud de piedras preciosas, significando con este valioso fulgor la luz inextinguible en que habita el que es *Luz* de luz y Dios verdadero. Así se explica fácilmente por qué el valor material de la *Rosa de Oro* ha sido en algunas ocasiones de seis mil á veinte mil pesetas, llegando á pesar alguna de ellas ocho libras y diez onzas.

(Continuará).



Noticias generales.

Su Santidad ha recibido en audiencia privada á los señores de Tolosa Latour, fundadores del Sanatorio para niños escrofulosos establecido en Chipiona (Cádiz).

El Santo Padre acogió bondadosísimamente á dichos señores y dió su paternal bendición al Sanatorio, repitiendo así los favores que otorgó por primera vez al notable establecimiento benéfico Su Santidad el Papa León XIII.

*** Según hemos leído en *El Noticiero de Zaragoza*, el causante de la muerte del señor Barcelona se ha retractado por escrito de las nefastas ideas que profesaba. Del documento que hace profesión de fe entresacamos estos párrafos:

«Yo, en vida, en esta hora de mi arrepentimiento, quiero reconciliarme con la Santa Madre Iglesia, sin temor al *qué dirán* de mis enemigos. Estos tratarán de humillarme, como ya se ensañaron en mi desventura. Yo les perdonaré y tendré resignación suficiente para sufrir mientras viva.

»Yo me retracto, pues, ante Dios y ante la Iglesia de mis pasados errores. Siempre fuí creyente. Ahora bien; mi pluma fustigó varias veces á los representantes de Cristo en la tierra, defendiendo malas causas.

»Yo, que creo en Dios, en la Santísima Trinidad y en la infalibilidad del Papa, me arrepiento de todos mis errores y pido con el alma perdón á cuantos en mi pasada vida fustigué, como yo también perdono á todos cuantos pretendan ofenderme por esta retractación que sinceramente y con virilidad suscribo.—*Benigno Varela de Prat*».

*** El sabio y dignísimo señor Obispo de la diócesis de

Orense, Dr. Ilundain, en su incansable celo pastoral, recomienda con especial interés que se extienda por las parroquias rurales la enseñanza catequística.

La feliz iniciativa del virtuoso Prelado, será, como siempre, acatada y secundada por el infatigable clero de la diócesis.

*** El maestro de La Chevroliere, pueblo del departamento Loire Inférieure, al llevar un viernes á los niños de su colegio á examinarse en el Instituto de Sacrit Philibert de Grandlieu, encargó en la fonda una comida de carne, y como en Francia no existe la Bula y hay que comer de vigilia todos los viernes del año, los niños se negaron á probar la comida, dando así una lección á su maestro, que pretendía, aunque en vano, ultrajar sus principios religiosos.

*** Durante el mes de Septiembre último se han celebrado en los tres santuarios de Lourdes 5.000 Misas, distribuyéndose 93.000 Comuniones, y ascendiendo á 245.730 el número de intenciones recomendadas á los peregrinos, de las cuales 5.850 acciones de gracias.



Santorial.

Día 11, Domingo XXIII después de Pentecostés. El Patrocinio de Ntra. Señora. Stos. Martín, ob. cf.; Feliciano y Victorino, mrs.; Santa Ernestina, vg.

Día 12, lunes. Stos. Martín, pp. mr.; Diego de Alcalá, cf.; Emiliano ó Millán de la Cogolla, ab.

Día 13, martes. Stos. Nicolás, pp. cf.; Eugenio, Arzobispo; Paulino, mr.; Stas. Zebina, mr.; Ennata, vg. mr.

Día 14, miércoles. Stos. Josa-

fat, ob. mr.; Serapio, mr.; Rufo, ob.; Sta. Veneranda, vg. mr.

Día 15, jueves. Stos. Eugenio Arzobispo de Toledo, mr.; Lupericio, ob. cf.; Stas. Guria y Samona, mrs.

Día 16, viernes. Stos. Rufino, Marcos, Valerio y Eustoquio, mártires; Stas. Trahamunda é Inés de Asís, vg.

Día 17, sábado. Stos. Gregorio, ob. cf.; Alfeo y Zaqueo, mrs.; Acisclo, mr.; Stas. Victoria, vg. mr.; Gertrudis la Magna, vg.